

poco que vale la palabra de un hombre cuando muda de fortuna, cuán loco es y cuán infeliz el que obra bien, solo con la confianza del agradecimiento de los hombres? Doctrina que me valió mas que todos los cetros y coronas del mundo.

LIBRO VII.

El Conde y la Princesa se irritan contra la ingratitud de Isaac Ángelo, y Miseno procura sosegarlos.—Motivos políticos por que fueron ingratos Isaac y su hijo.—Llevan á Miseno atado á otra prision muy distante, y procura consolarse á sí mismo.—Canta en la mazmorra, y Hermilla, hija del gobernador de la fortaleza, le visita y le habla, lamentándose de su futura infelicidad.—Responde Miseno con ánimo heróico, y queda suspensa Hermilla de su filosofía.—Pinta Miseno unos cuadros alegóricos de una quinta en Mariemburgo, con lo que responde á Hermilla, y concluye diciendo: que todos los sucesos tienen un rostro apacible y otro desagradable, que podemos tomarlos por el lado hermoso, y que muchos trabajos no conducen al bien sin que lo percibamos.—Dale Hermilla á entender que le orden para quitarle la vida.—Responde Miseno con valor.—Se va Hermilla, y queda Miseno revolviendo en el pensamiento cuanto Hermilla le dijo, y se le amotinán las pasiones en el pecho.—Aparécesele el Ángel protector de Polonia, y le consuela con agradables presagios.—Llega orden de Alejo para que prontamente se le quite la vida á Miseno con el mayor secreto.—Lee Hermilla la orden que no admitia réplica, y medita el modo de libertarle.—Una gruta subterránea, en donde entraban las aguas de un rio por debajo de la cárcel, la ofrece especie oportuna para su intento, núm. 26.—Intima Teodoro á Miseno la sentencia, y este queda sereno y admirado.—Toma Hermilla á su cargo poner en ejecucion las órdenes del Emperador para salvar mejor al preso.—Sale Miseno del fuerte por debajo del agua en una boya, y encuentra á su bienhechora en la playa.—Háblale Miseno la contesta, núm. 30.—Respuesta de Hermilla á Miseno, núm. 32.—Sale Miseno de los dominios del Emperador.—Entra en la Bulgaria para pasar á Hungría y Polonia.—Embárcase en el *Esker* con dos húngaros, el uno que va á felicitar á Mieceslao su ascenso al trono.—Discurre Miseno sobre el derecho de Lesco á la corona, y el Embajador sobre las incomodidades del cetro.—Finalmente llega Miseno incógnito á Polonia.

1 No podia la Princesa contener su admiracion y espanto á vista de la ingratitud de Alejo, y de su padre Isaac Ángelo. El Conde saltaba impaciente solo de oír la relacion de semejante suceso, y uno

¹ *Maledictus homo (infelix) qui confidit in homine... erit enim quasi myricae in deserto.* (Jerem. xvii, 5). J. B. Duhamel hic. *Myrica*, vulgo, la *bouyère*, *jara* ó *taray*, arbusto pequeño, que segun Plinio, lib. 249, si es hortense, da el fruto áspero, si silvestre, ninguno.

y otro descargaban crueles golpes de justa indignacion sobre tales desconocidos, concurriendo cada uno con los colores mas vivos, y las mas negras sombras que podian, para hacer sobresalir la fealdad de los retratos que de ambos ingratos se habian figurado en su imaginacion¹. Miseno entonces, como sangre fria, intentando tranquilizarlos, les dice que no se admiren del caso, porque no habia motivo para ello. No cae, les dice, no cae bien la admiracion sino sobre lo que es raro, y no hallaréis en el mundo cosa mas comun que hombres ingratos. Los mismos que declaman con mayor horror contra este monstruoso vicio, lo adoptan muchas veces como á su hijo querido, por cuanto solo es feo por el aspecto que mira al bienhechor; así como por el que mira á los ingratos es agradable; y es la razon, porque á los favorecidos los dispensa de la obligacion del reconocimiento, que siempre oprime; pues cuanto mayor es el beneficio que se recibe, tanto mayor es la esclavitud en que queda constituido el beneficiado; y como muy pocos gustan arrastrar estas cadenas, con solo un simple modo se libran de su pesadez. Amigos míos, quien no quisiere vivir con ingratos mucho trabajo ha de tener, si ha de vivir en el mundo. Infeliz será el hombre que no experimente ingratitudes, porque muy poco bien habrá hecho á los demás. Por lo contrario creed que cuantos mas ingratos hiciéremos, tanto mas noble es el fin que nos mueve á obrar bien. Esta es la condicion del corazon humano. Si halla correspondencia, insensiblemente la busca, y ya entonces obra con los ojos en ella; mas si no la encuentra, obra con ánimo noble y heróico haciendo el bien, solo porque es bien, sin otro fin ni motivo que fomente el interés, ó disminuya el valor. El que hace bien solamente á los agradecidos, comercia; mas el que lo hace á los ingratos, obra por pura liberalidad. El uno siembra los beneficios, el otro los derrama: uno procede como hombre, el otro como Dios, y este siempre tiene el delicado y agradable consuelo de haber obrado bien, que es el gusto mas deleitable que puede lisonjear el paladar de una alma bien formada.

2 Este era mi único consuelo en la cárcel. Verdad es que de cuando en cuando mi naturaleza gemia, y alguna queja ó sentimiento se me escapaba, por mas que me decia á mí mismo todo cuanto vos habeis insinuado, y á esto me incitaba tambien el soldado que estaba de centinela el día de la batalla, quien siempre me quedó afi-

¹ Año 1203 fueron exaltados al trono, el 1204 su deudo Alejo Murtzulfo quitó la vida con veneno á Isaac, y pocos días despues ahorcó por sus manos á Alejo. (B. M. Florez en su *Clave*).

cionado, y cuando le tocaba la guardia se entretenia conmigo, contándome lo que de mí se decia ó se pensaba.

3 En efecto, Isaac Ángelo queria sacarme de la cárcel, y hacia de mí muchos elogios á su hijo Alejo; pero este viéndose árbitro despótico del cetro, que su padre no podia sostener con manos trémulas, ni gobernar sin ojos, de ninguna manera queria tener á su lado quien le ayudase á sostenerlo y manejarlo. Su ímpetu fogoso tampoco queria ser reprimido por la prudencia de otro; y así cuanto mas me elogiaba Isaac Ángelo, tanto mas Alejo me temia. Acordábase de los discursos que habíamos tenido en la Silesia¹; pero esta memoria le confirmaba mas en el dictámen de no ser conveniente que su padre me tuviese á su lado. Para evitar en fin todos estos sustos, le persuadió que yo habia muerto, y me mandó llevar de noche con toda cautela á una fortaleza situada sobre el *Esker*², casi á la raya de la Bulgaria³.

4 Cuando hé aquí que me veo de nuevo preso y maniatado, cadenas en los piés, esposas en las manos, argolla de hierro al cuello, y soldados por uno y otro lado, que acompañaban el carruaje en que era conducido. Al referir Miseno este suceso, el Conde impaciente y admirado le atajó, diciendo, que ó su corazon era de otra naturaleza, ó que algun encanto superior le habia insensibilizado el alma. Á lo que Miseno respondió, confesando que en esta ocasion su corazon fluctuaba, unas veces sumergiéndose oprimido de tantas injusticias, y otras sobrenadando, sostenido de las resoluciones precedentes. Si yo tuviera delito, añadió Miseno, la buena razon pedia que abrazase con resignacion el castigo; mas ahora pide la misma razon que lo sufra con gusto, padeciendo inocente; porque estándolo, apenas tengo que tolerar la mitad de la pena. Cuando hay delito, el aguijon del remordimiento hiere el alma con mas vivo dolor y mas importunos y repetidos golpes que todo cuanto aflige al cuerpo. El horror del crimen que en nosotros conocemos, nos hace detestables á nosotros mismos; y como siempre nos estamos viendo, venimos á padecer sin cesar. Mas cuando uno está inocente, el alma se halla en paz, en reposo, y en una satisfaccion inexplicable. Contenta de sí propia, no se aflige, no teme, no recela, no se avergüenza. El inocente afligido

¹ Lib. III, núm. 43.

² El *Esker*, *Ischa* ó *Ciabro* es un pequeño rio que nace en las faldas del *Hemo*, corre hácia el Norte, y desemboca en el Danubio, ocho leguas al Poniente de *Nicópoli*, ciudad de Turquía en la Bulgaria.

³ Era la Bulgaria pequeña.

se dice á sí mismo: si soy perseguido en el país de la mentira, seré feliz y estimado en la region de la verdad. Á mas de esto, siempre tenia presente la doctrina de Grafton acerca de la Providencia; y el pensamiento sosegado me decia como en secreto: *Eso que parece ser tu ruina, será para tu mayor bien*; y con efecto lo fue.

5 No me retardeis el gusto, dijo la Princesa, de saber cómo os librásteis de tan protervo enemigo, cual fue ese mónstruo de Alejo; á lo que Miseno satisfizo de este modo. Encerrado en una mazmorra, nada mejor que la primera, sin mas compañía que los hierros, ni mas consuelo que el del cielo, me hallaba una noche resistiendo á los importunos ataques con que la melancolía me molestaba, especialmente cuando me hallaba solo; y para divertirme cantaba acompañándome al son de mis cadenas, y repetia muchas veces esta copla:

Si conozco yo el cabal
Valor del bien por el precio,
Con que en mi dicha aprecio,
Padeciendo tanto mal.

Al finalizar la copla, noté que me habian escuchado; y en efecto, pasado poco tiempo veo abrir la puerta de la cárcel, y entrar una doncella, que me asombró mas con su modesta belleza que con la novedad de la visita. En mi vida habia visto persona mas hermosa, y al mismo tiempo tan modesta, y de tal decencia y virginal pudor, que me aturdia. Era *Hermilla*, hija del gobernador de aquella fortaleza, á cuyas llaves y secreto estaba yo encargado. Habíala Dios favorecido con un juicio vivo, y ella lo cultivaba con la leccion de *Homero*¹, y otros poetas excelentes, que la inflaban el corazon naturalmente noble, y que estimaba la virtud heroica. Advirtió mi admiracion, quiso hablarme, pero no pudo explicarse con las voces. Víle temblar los labios, y asomársele al rostro un nuevo y admirable carmin, que poco despues fue salpicado con las perlas de sus lágrimas. Hacíase fuerza para reprimirlas, mas era inútil la diligencia. Los diques estaban rotos, y era precisa la inundacion de sus mejillas. Hube yo de hablar el primero, y despues de las expresiones á que la polica y compasion me movieron, la obligué á que me declarase el motivo de su visita, y la causa de su llanto, lo que hizo despues de sosegarse un poco, diciéndome así:

¹ *Homero* fue elocuentísimo, el máximo de los poetas, y fuente de los demás poetas griegos: escribió la *Iliada*, que trata de las guerras de Troya, la *Odisea*, de Ulises, y varios himnos, etc.

6 Nunca imaginé que pudiese ser tan grande mi infelicidad como ahora; y paró. Insté, y continuó diciendo: Veo que la ilustre sangre y las heroicas acciones de mis ascendientes elevaron á mi padre al puesto que tiene en la guerra, y á la amistad del Príncipe, y por eso al desgraciado empleo de gobernador de esta fortaleza, en la que estais preso: ¡ay de mí! ¡con qué estrella he nacido para ser instrumento de vuestra afliccion, y tal vez verdugo de vuestra vida, pues no podréis resistir una cárcel tan penosa! Quisiera no haber nacido, quisiera á lo menos no conoceros, ni haber oido vuestra voz, ni los discursos que haceis, cuando hablais solo con vos mismo. Quisiera, ¡ah mi Dios! quisiera antes morir que ver lo que veo, sentir lo que siento, y temer lo que temo. Vuestra heroicidad me admira, vuestra paciencia me encanta, vuestra virtud me saca fuera de mí; y cuanto mas me admiro, mas os estimo y mas os respeto, tanto mayor es el forcedor que atormenta mi alma, cuando veo por entre las sombras de lo futuro... mas no puedo proferir lo que sospecho; y aquí le faltaron las palabras, porque las lagrimas se las embargaban.

7 No es posible, amigos, deciros la impresion que hizo en mí este discurso. Mi alma enternecida descubrió entonces toda su sensibilidad. Veia en esta doncella un carácter tan igual, tan sincero, tan noble y tan veraz, que conocí todo cuanto tenia en su corazon como si lo viese con los ojos. El cristal puro de su rostro, á manera de un vidrio muy trasparente, mas servia de manifestar que de encubrir su ánimo enternecido y generoso. Entonces intenté curar con un bálsamo dos heridas, la suya y la mia, comunicándole las razones que me consolaban en mis infelicidades, para que mis trabajos no le fueran mas sensibles.

8 Venga lo que viniere, la dije, venga lo que venga en lo futuro, nada podrá acontecer que no sea para mi bien, si yo dejo á Dios que gobierne. Cuando del insondeable caos de la nada salió este mundo en que vivimos, sabed, señora, que ni los bienes quedaron puros, ni los males sin tener algun bien mezclado. Todo tiene dos semblantes; si el uno es feo y horrible, el otro será bello y hermoso. Mas Dios, cuyo entendimiento es tan superior á todos los sucesos, cuanto su excelso trono lo es á todos los lugares de la tierra, todo lo ve, todo lo combina, y á todo atiende, de suerte que el mismo acontecimiento, que visto por el aspecto inferior que está puesto hácia nosotros parece conveniente, visto por la parte superior que se presenta á la eterna Inteligencia es tal vez muy dañoso y terrible. Por el contrario, otro que nos llena de espanto y hace helar la sangre en

las venas, visto por los ojos de la Verdad eterna será felicísimo, y fuente de todo nuestro bien. No es Dios como los hombres, que obran sin discurso, ó discurren sin pensar, ó pesan con balanza falsa. Dios mirándolo todo con un aire majestuoso y despejado, con una simple mirada lo conoce todo, compara los fines y los medios, los efectos y las causas, las dificultades y el modo de desatarlas; y con tal prontitud, que apenas miró, vió ya cuántas utilidades se pueden sacar de un mal, y las consecuencias nocivas que se pueden seguir de cualquier bien. Ahora, Dios por una esencial reclinidad de su ánimo justo, jamás puede hacer sino lo que fuere bueno, ni jamás podrá consentir sino lo que fuere útil. Así en cualquier acontecimiento siempre hay un aspecto que merece la aprobacion divina por bueno, ó el consentimiento por útil: ¿y seré yo acaso mas entendido que Dios para reprobear lo que él aprueba, ó seré mas delicado para no sufrir la enormidad que la suprema razon consiente?

9 Supuesto, pues, este principio, jamás quiero considerar los sucesos que me acaecen por el lado horroroso; solo los contemplo por la faz mas hermosa y agradable. Puesto á la mesa de este universal banquete, en el que los acaecimientos sirven de vianda á nuestra alma, encuentro infinita variedad de alimentos. Pues si tengo regalos saludables con que mi ánimo se recrea, ¿para qué he de echar mano del veneno amarguísimo con que otros revientan? Todo, señora, lo debemos tomar por la mejor parte, y así viviremos siempre alegres.

10 Quedó Hermilla suspensa con esta filosofia que jamás habia oido, y dice: Vos sois como las industriosas abejas, que hasta del áspero abrojo sacan miel deliciosa, cuando yo voy á ser como las espantosas arañas, que hasta de las suaves rosas no sé sacar sino veneno mortífero. Con todo, tengo tal corazon, que siento los males ajenos, y los padezco como propios. ¡Ah, si supiéseis cuántas lagrimas he derramado por ver oprimida la virtud, y que no os puedo valer! Pero soy desgraciada, y por suerte cruelísima me destinaron los hados para participar de todas las infelicidades de los otros. Quisiera tener un corazon duro; mas no, no quisiera tenerlo, porque entonces seria un mónstruo. Padezco infinito por el corazon que tengo, y no quisiera dejar de padecer, si para eso habia de ser preciso mudar de corazon.

11 Debeis, señora, le respondí, hacer con los otros lo mismo que yo hago conmigo. Á fin de inculcarla bien esta doctrina, le pedí licencia para entretenerla con un suceso galante. Pasando yo por *Ma-*

Mariemburgo^{1*}, un caballero prusiano me hospedó en su casa de campo, que para su mayor recreo la habia alhajado con mucha riqueza y gusto exquisito, aunque extravagante. Entre otros gabinetes tenia uno todo adornado con pinturas de un primoroso dibujo, bello colorido y feliz invencion. Parecia que la naturaleza se habia reproducido en los cuadros, que tan propias eran las imágenes que en ellos se representaban; mas todos tenian la singular propiedad de estar pintados por ambas caras, y con figuras bien contrapuestas.

12 Véase en uno la risueña *primavera* en la figura de una gallarda jóven coronada de flores, en ademan de conducir por la extremidad del vestido al encalmado *estío*, figurado en un robusto manco. Este se manifestaba fatigado, sudando y casi sofocado, en accion de preparar los frutos para entregarlos al pródigo *otoño*, hombre ya maduro, el cual si con una mano los recibia, con la otra los dejaba caer en tierra. Estaban tan propios los frutos, y tan natural la accion de cada una de las figuras, que solo ver esta pintura encantaba. Al contrario, en el reverso es dibujado con color triste y sombrío el erizado *invierno*, en figura de un viejo ya caduco, que en una piedra sentado se calentaba á la lumbre, con las manos ambas trémulas puestas casi sobre las mismas llamas. Estaba todo tiritando de frio retirado á una esquina del cuadro; los vestidos empapados en agua, la cabeza cubierta de nieve, los cabellos sueltos y duros, el semblante feo y triste, y el cuerpo seco, arrugado y flaco. En lugar de árboles solo se veian sus esqueletos. El fondo del lienzo representaba las nubes negras de una fea tempestad, rotas por aquí, por allí y por allá con algunos rayos que causaban horror. Todo el campo se representaba solitario, agreste y triste, é igualmente lo quedaba el ánimo de quien miraba esta pintura.

13 Por el mismo estilo se veia la bella *aurora* en su brillante carro de azul celeste orleado con frisos de oro, el cual venia tirado de una infinita multitud de pajarillos. Parecia vivamente que con la mano izquierda hacia señal á los planetas para que se retirasen, y con la derecha señalaba el lugar en donde habia de amanecer el sol, y allí se empezaban á ver sus caballos tan fogosos, que parecia que querian saltar por encima de las trincheras del horizonte. Mas por el aspecto opuesto tenia el mismo cuadro pintada la melancólica noche, representada en una negra feísima, sentada en un carro pardo

^{1*} *Mariemburgo* es la capital del palatinado de este nombre en la *Prusia polaca*; queda poco distante del *Vistula* al nacimiento de este rio, y á pocas leguas al Sur de *Dantzich*, ciudad de las mas considerables de Europa.

atezado, tirado por lechuzas, murciélagos y mochuelos. Venia extendiendo su vastísimo y negro manto, con el que cubria la superficie de la tierra, en cuyas densas tinieblas aquí naufragaba un navío, allí se precipitaba un caminante, y allá se hacian los robos. De esta parte se impacientaban los enfermos, y de aquella venian por los aires volando varios delitos, que como hijos de la noche la seguian todos en figuras horribles.

14 Por este mismo término en todos los lienzos habia un lado agradable y otro pavoroso. Mas entre todos, el que me dió mas golpe fue uno, que representando por una parte las cuatro edades de la vida con colorido é invencion la mas bella y admirable, figuraba en su reverso la espantosa muerte, con una idea muy fúnebre. Veíase el esqueleto de un gigante con hoz muy corva en la mano, pisando igualmente cabañas y tronos. Aquí caian degolladas delicadas doncellas; allá niños inocentes; aquí héroes famosos; allá padres de familia muy necesarios. Á lo léjos se veian varios géneros de muertos: allí un moribundo acaba á la violencia de los dolores; mas allá un malhechor colgado en un patíbulo con movimientos horrendos. De esta parte un asesinado en las tinieblas; de la otra muchos ahogados en las olas: mas allá muchos sofocados de las llamas; y en medio, para causar mayor horror, un tigre despedazando á una pobre mujer, cebándose en las entrañas palpitantes su innata sevicia.

15 Cada vez que yo entraba en este gabinete volvia de forma los cuadros, que las caras tristes estuviesen hácia la pared, porque me afligian demasiado, y las hermosas y agradables hácia la vista, porque me recreaban; mas observé que cuando volvia el dia siguiente lo hallaba todo al contrario. Esta era la mano del dueño de la casa, que solo queria ver imágenes tristes, retirando de propósito la vista de las agradables y hermosas. ¿Qué os parece, pregunté á Hermilla, de este estragado gusto del caballero prusiano?

16 No puedo, me dijo ella, acabar de creer que hubiese genio tan mal formado, ni pasión tan melancólica. Podeis creerlo, le repliqué, y creerlo de manera, que tal vez en vos misma hallaréis el convencimiento de que es verdad todo lo que os he referido. Aumentóse su admiracion, no entendiendo que yo hablaba por parábola, y se la declaré, diciendo que era muy poco racional cualquier hombre que pudiendo considerar las cosas por el aspecto agradable, solo se las ponía delante los ojos de la imaginacion por el melancólico y fúnebre. Señora, continué yo en tono firme, creed que nada me puede suceder, excepto el obrar mal, que me haga infeliz. De

mí es de quien temo, no de ningun otro de este mundo. Todos cuantos trabajos pueda forjar en su imaginacion la malicia de Alejo, me pueden ser buenos y muy provechosos. Un bajel impelido furiosamente de los vientos, agitado de los mares, y desmantelado por las tempestades, muchas veces sin advertirlo se irá acercando al puerto conveniente, del cual se hallaba muy léjos. Así puedo ser yo. ¿Quién sabe los designios de Dios sobre mí, y si queriendo Alejo hacerme el mayor daño posible, tal vez sin pensarlo trabaja en mi felicidad?

17 Y si la muerte... me dice Hermilla; mas apenas pronunció esta palabra, cuando vi que se arrepentia y la queria recoger; pero era ya tarde, y hubo de explicar su pensamiento. Y si la muerte cortase el hilo de vuestros dias, ¿qué felicidad podréis esperar? La que esperan los héroes, le respondí prontamente. ¿No sabeis que de ordinario es la muerte el premio que han dado los hombres á los mas beneméritos? El alma de los héroes no muere, porque seria Dios injusto, y esta su máquina del mundo ^{no} a la mas imperfecta que hubo jamás. En fin, Dios no seria lo que es, si la muerte impidiese la felicidad de quien siempre obra con la rectitud que debe. No, señora, yo estoy bien cierto de que seré mas feliz que Alejo, si siempre obrase bien; y en esta inteligencia podeis francamente declararme todos vuestros temores, porque si hay orden para quitarme la vida, con la misma serenidad me veréis entrar en las lobregueces de la muerte para pasar á la region de la verdad, que me vísteis entrar en esta cárcel, tal vez para no salir de ella.

18 Pasmada quedó Hermilla con esta respuesta; y en fin, viendo mi dilatacion, tambien ella se comenzó á serenar, y me dice que por lo comun enviaban á aquella fortaleza á los reos de Estado, á quienes querian dar muerte oculta sin estrépito ni formalidad de justicia, ó dejarlos en el olvido para que nunca mas apareciesen; y que este era el motivo del susto que la obligaba á derramar lágrimas compasivas y desinteresadas.

19 La procuré consolar persuadiéndola que Dios, por quien reinan los Príncipes, no habia dejado á los hombres el absoluto gobierno del mundo: que estos no eran sino un simple instrumento, del que la suprema Providencia se valia para la ejecucion de sus altísimos designios: que yo estaba bien persuadido que ningun mal me habia de acontecer, sino el que fuese útil para mi sólido bien, si de mi parte no pusiese algun estorbo á la mano divina, y dejarla ir delineando á su gusto todo el plan de mi felicidad.

20 En este mismo instante oyó Hermilla un ruido, y temiendo que los guardias pudiesen percibir su visita, se retiró apresurada, sin acabar de decirme á qué venia.

21 Comencé entonces á revolver en mi imaginacion cuanto me habia dicho, y este momento fue para mí muy terrible. La memoria me representaba cuanto habia hecho por los dos ingratos Emperadores: el entendimiento me formaba mil discursos funestos, y la imaginacion me pintaba su ingratitud con tan vivas, tan negras, tan espesas sombras, que me consternaban. Comenzó la razon á oscurearse, y mi corazon inquieto no cabia en el pecho, présago de lo futuro: me parecia ver á lo léjos *espectros* *horribles y figuras espantosas. El espíritu del error me ponía una venda sobre los ojos para que nada viera de lo que hasta entonces veia. Todas las razones que podian consolarme se me barrian de la memoria, y me hallaba sumergido en un piélago insondable de amargura y de tristeza. Todas las pasiones salieron de lo mas recóndito de mi interior, como harian las arpias del *Cocito* si se soltasen de los infernales calabozos, y me asaltaron de improbo, de suerte que Miseno ya no era Miseno: yo mismo me desconocía.

22 Suspiraba con una afliccion indecible. Todo á un tiempo se ofrecia á mi idea, lo pasado, lo presente y lo futuro, los bienes y los males, los trabajos y las felicidades, la muerte y la vida, los amigos y los enemigos, los hados, las fortunas, las desgracias: en fin, todo, y en un tal laberinto, confusion y tumulto, que ni yo sabia en lo que pensaba. De tal suerte, que la carne sentia ya la enfermedad del alma, el pecho se quejaba, los brazos se me caian, la sangre fria se iba helando en las venas, y el cuerpo débil desfallecia.

23 Cuando hé aquí que de repente se aparece una luz celestial que ilumina toda la cárcel. Creyera fácilmente que era ficcion de mi fantasía debilitada, si despues no me hubiera convencido de la realidad del suceso. Veo un gentil mancebo, que despidiendo de su rostro rayos mas bellos y mas dulces que los del sol, sin deslumbrarme me dejaban encantada la vista. El cabello de oro agraciadamente desordenado le aumentaba la hermosura. En sus dos alas de nieve se veian los extremos dorados. Las ropas eran de un carmin vivísimo como el del horizonte herido del sol, y todo junto hacia la mas agradable vista que jamás gozaron mis ojos. Apenas entró en el calabozo, me levanta de la tierra en que yacia desmayado, y me dice así: Uladislao, no te dejes vencer de esta pusilanimidad. Dios, en cuya providencia descansas, cuida de tí, ni todo tu amor propio pu-

diera tener mayor vigilancia que la que él tiene sobre todas tus cosas. Su bondad para contigo es mayor de lo que piensas. Sabe que dentro de poco tiempo te verás sobre el trono; mas no será esta tu mayor ventura; porque si fueres constante, otra ventura mucho mayor te espera. Dijo, y batiendo las alas con un movimiento plácido, y al mismo tiempo ligero, noble y agraciado, ví que iba penetrando las nubes, dejando en la cárcel el mas suave olor que jamás habian percibido los sentidos.

24 Suspenso quedé con esta novedad; y el sosiego de mi alma competia á mi extrema admiracion. Veíame en una cárcel, y casi condenado á muerte, y me hablaban de tronos; pero lo que me causaba mayor alegría era la seguridad de que estaba protegido de la suprema Providencia. No sabia yo entonces que en este mismo dia habia subido tercera vez mi padre al trono de Polonia¹, y que el Ángel tutelar de aquel reino era el que por orden soberana habia venido á infundirme valor.

25 Á este tiempo Hermilla se hallaba en la mayor afliccion que pudo experimentar jamás un corazon de mujer. Al retirarse de la cárcel, su padre Teócrito le mostró la orden de la corte, para que prontamente se me quitase la vida con el secreto mas inviolable, y él habia sospechado de mí tales crímenes, que yo le era su horror, como reo de estado. Lee Hermilla la orden, que no admitia réplica, ni permitia tardanza. Quédansele suspensas las lágrimas á la fuerza del dolor. Inmóvil su alma no sabe qué camino tomar; y como viajante perdido en noche oscura, entre espesos robles y confusas breñas, que oye el bramido de las fieras, sin saber dónde guardará la vida, ó encontrará la muerte, así se hallaba ella. Un ímpetu de furor contra Alejo le ocupa el corazon, y comienza á hablar con fuego; pero advierte el peligro, y vuelve contra mí con disfraz y disimulo todo su aparente odio. Serénase con esto el padre, el cual habia admirado la afliccion que á su hija le cubria el semblante, y consultan ambos cuál será el medio mas á propósito para la ejecucion de las órdenes imperiales, en cuanto á la muerte, en cuanto al secreto y en cuanto á lo pronto. Persuade Hermilla que me dejen perecer de hambre, queriendo ganar tiempo para socorrerme, y desde este momento no admite su compasion otra idea, obstinándose en el pensamiento de darme libertad. Era la empresa tan difícil, que tocaba en la raya de imposible; pero la misma dificultad le inflamaba el deseo: capricho propio de corazon de mujer, que no se con-

¹ Año de 1202.

tenta con lo fácil. El ardor con que un emperador jóven gobernaba, y el empeño con que esta orden venia, le hacian temer la última desgracia de su padre, ó de sí propia, si por acaso se llegase á sospechar el crimen. Sin embargo, de cualquier modo que discurria, el remate de todos estos discursos siempre era que me habia de dar libertad. Esta era como el centro del laberinto en que se hallaba, y á donde la conducia siempre su noble generosidad.

26 Pierde el sueño y la apetencia, fastídiala toda conversacion y divertimento; anda solitaria y pensativa, parecia que iba consultando las paredes, los árboles y las peñas. Un dia que estaba echada de pechos sobre el parapeto de la fortaleza, mezclando con las aguas del rio las que derramaban sus ojos, advirtió que las olas entraban por debajo la cárcel, introduciéndose por una gruta subterránea. Acordóse entonces haber oido decir que la cárcel tenia cierto sumidero oculto por donde antiguamente habian sido entregados algunos prisioneros á las aguas y á la muerte; y esta especie le presentó el arbitrio de salvarme, y que por aquella puerta de la muerte podia darme la vida. Habiéndolo, pues, preparado todo segun su idea, le persuade á su padre que sería lo mas conveniente arrojar al prisionero por el sumidero, para dar mas pronta respuesta á la impaciencia de Alejo. Aprueba el odio de Teócrito el consejo que discurrió la amistad; y sin demora, él mismo quiere ser mi verdugo, para no fiar de otro el secreto imperial. Hermilla quiere, y no puede persuadirle que dilate la ejecucion al dia siguiente. Ella necesitaba hablarme primero, y dar ciertas disposiciones á la parte de afuera para poder salir bien con la empresa; mas habiendo poco tiempo, juzga que ha sido el mas cruel verdugo de quien tanto estimaba, y arrepentida del consejo, sufocaba en su pecho el dolor mas cruel y mas desesperado. Heis aquí que veo entrar en la mazmorra al resuelto Teócrito. ¡Dios mio! ¡qué admiracion fue la mia cuando leyo la orden imperial! Todas las esperanzas, que á pesar de mi cautela habia concebido mi corazon, se desvanecieron de repente. Mira aquí el trono, me decia yo á mí mismo: mira aquí tu felicidad; ¡oh infeliz! Pero luego como si hubiese pasado una nube, me vio la luz de la razon, y confirmándome eficazmente en la idea que tenia hecha de la Providencia suprema, y en la de los bienes y males del mundo, me sosegué y respondí á Teócrito, que me daba mil satisfacciones: Justo es, amigo, que obedezcais á vuestro soberano; en nada me ofendeis, y nada tengo que oponeros. Como vos no sois el juez, es inútil alegaros mi inocencia; pero quiero pedir os que cuan-